

MARTÍN ALONSO

CIENCIA DEL LENGUAJE  
Y  
ARTE DEL ESTILO

\*



---

AGUILAR

colección obras de consulta  
asesor arturo del hoyo

© martín alonso  
aguilar s a de ediciones 1947 1975 juan bravo 38 madrid  
depósito legal m 12760/1979  
duodécima edición—segunda reimpresión—1979  
ISBN 84-03-27995-7 (obra completa)  
ISBN 84-03-27058-5 (tomo I)  
printed in spain impreso en españa por selecciones gráficas  
carretera de irún km 11,500 madrid

## INTRODUCCIÓN

1. PROPÓSITO.—No pretendo dar preceptos de cómo se debe escribir, sino más bien analizar una experiencia que puede servir de dechado: cómo han escrito, modernamente, los mejores.

Sería un intento incoherente poner cortapisas y distingos al genio, o cronometrar la espontaneidad del que compone su obra honradamente, con arreglo a un léxico y estilo, acaso de conformidad con una cultura encanecida en las letras.

Rehúyo la postura dogmática. Si algo o mucho de utilidad presta este tratado al redactor, mi propósito es sincero desde su entrada.

Quisiera, sin embargo, ya que todo razonamiento sometido a enunciados deja en el ánimo un poso didáctico, dirigirme a los profesores de Literatura, a los escritores o traductores de profesión, a los estudiantes universitarios, a los periodistas—estudiantes siempre de los libros y de la vida—, a los maestros y eruditos que redactan, peroran o explican la mecánica del lenguaje y la práctica de la redacción.

2. FRUTO DE LA EXPERIENCIA.—Pudiera haberle impulsado al autor de esta obra una razón de amor intelectual, que tiende, más que a la repetición de la cultura adquirida, a un aumento cualitativo de nueva creación.

Las teorías y temas prácticos que aquí se exponen van empujados, más bien, por un imperativo de experiencia profesional. Diez años de profesorado oficial y privado en España, dos en América, la intervención técnica, durante un bienio, en el tercer tomo del Diccionario Histórico de la Real Academia Española, y una colaboración asidua en publicaciones argentinas y españolas, me persuadieron de la necesidad de su publicación, trayendo a mi mesa de trabajo el acopio necesario de los materiales, su conexión orgánica, terminologías remozadas, léxicos literarios, claves sinópticas y ejercicios de redacción.

3. TONO EXPOSITIVO.—He ajustado el tono de sencillez expresiva y la forzosa repetición de formas rituales a la condición didáctica de la obra en un estilo huérfano de ornamentación.

El *Libro teórico* representa, en este caso, más que el precepto *in verbo magistri*, el comentario de la observación acrisolada en el uso moderno de los literatos españoles e hispanoamericanos.

En el *Libro sinóptico*, como en el encerado de un aula escolar, se reducen a clave las leyes estatuidas en la lógica clasificativa de la frase, el vocablo y la estilística contemporánea.

Por último, el *Libro práctico* (vol. II), exige del alumno el adiestramiento diario de la pluma sobre la cuartilla tersa y expectante de la redacción.

Comentario, encerado y cuartilla, inseparables en la formación del escritor, como su patio de armas o el gimnasio de su perfección.

Esta trilogía así trabada, con unidad de principios y con voluntad a punto para la disciplina del redactor, no es otra cosa que el esfuerzo del temperamento cultivado por el estudio y el ejercicio.

4. SOMOS HERMANOS DE AMÉRICA.—El lenguaje griego nació con el misterio de la sonrisa arcaica y creció con el destino supranacional de la precisión dialéctica. El latín alboreó en el Mediterráneo con la ambición imperial de la fórmula jurídica y colonizadora. El castellano ensanchó su alcaldía y condado a la Península, primero; más allá de las orillas del Plata, después, con predestinación espiritual mucho más ecuménica que el sueño grecolatino.

Al sistematizar Nebrija la primera Gramática estaba tocando, con voz de oráculo, el instrumento de la verdad de Cristo en un mundo nuevo. Porque, al sonido del verbo español, surgen la primera escuela americana, la primera imprenta y el primer libro, que en la autenticidad de la Historia había de fundir el estilo cervantino en la armoniosa lengua de Montalvo; la plática familiar de Santa Teresa, en la elevación misma de sor Juana Inés de la Cruz; *Mío Cid*, en *Martín Fierro*; la octava real de Ercilla, en la entonación épica de Zorrilla de San Martín; el equilibrio ponderado de Nebrija, en la solidez filológica de Andrés Bello; la intuición crítica de Quevedo y Gracián, en la frase culta de Rodó; la inspiración renacentista y romántica de nuestros líricos, en la imaginación innovadora de Rubén; el período ciceroniano de nuestros oradores parlamentarios, en el ademán elocuente de Miranda, el indio Altamirano, José Manuel Estrada, Francisco Bauzá, Jesús Urueta, Mariano Baptista, Eduardo Calcaño..., y hasta el premio Nobel, que acarició las obras de Echegaray y Benavente, va hoy en busca de Gabriela Mistral, la poetisa hispanoamericana, que deja sangrando en sus cien poemas un pasado doloroso, «en el cual la canción se ensangrentó para aliviarme».

La pluma de los prosistas americanos encuentra su dominio abierto en la realidad de nuestro teatro, de nuestra historia, de nuestra novela y del periodismo español. El temple de su carácter se sumerge en el espíritu colectivo de España, y en esta gran familia de pueblos ibéricos, un mismo intérprete acude con fidelidad a la cita del pensamiento y a la hermandad de la cultura latina.

El amor a América y el amor a España son términos sinónimos. Nuestra más noble ejecutoria es sentirnos hermanos por derecho de sangre, de religión y de idioma.

El lenguaje tiene raíces hondas que descienden a lo más recóndito del alma de los pueblos.

Este tratado—primer intento de afirmación hispanoamericana en el arte de la redacción—se mueve en la esfera de una comunidad de intereses espirituales, tanto en la elección de los nombres que comprueban la teoría como en la revisión de los principios doctrinales.

5. EVOCACIÓN DE NEBRIJA Y DE CERVANTES.—He dado cima a mi trabajo dentro de las fiestas conmemorativas de nuestro Elio Antonio Nebrija. Llega este libro a las manos del lector con la preocupación centenaria del nacimiento de Cervantes. Primero, la fecha del maestro de las soluciones equilibradas, fundador de nuestra filología románica (1492). Luego, la trayectoria cervantina de expansión de nuestro lenguaje (1547-1947). Dos grandes empresas abren y cierran el Renacimiento español: la de crear y la de construir. Dar forma concreta al castellano balbuciente es obra de un catedrático humanista. Reflejar en la literatura universal, con sentido plástico, las cosas de España y esparcir la semilla de nuestro idioma por el mundo, se hizo a impulsos de la pluma de Cervantes.

Cualidades excelsas de gran polígrafo predestinaron a Nebrija para ser uno de los mejores educadores del espíritu en el arte reflexivo de la composición y del estilo. En sus intuiciones trascendentales buscó armas la polémica lingüística del humanismo y no las desdeñó la prosa de su tiempo, saturada del más puro fervor latino.

El amor a lo concreto y un calor de humanidad—no humanístico—arraigan la prosa de Cervantes en la honda realidad de su vida azarosa. El ajeteo del continuo fracaso material le pone más cerca de los humildes, en un idealismo irredento. Nos da la sensación de los viejos romances, en donde los héroes, cuando menos lo pensamos, vuelven de su jornada con la espada al cinto y con la tristeza de sus fracasados ensueños. Cervantes redacta el *Quijote* de un tirón, sin poner cuidado en lo que escribe, con sonrisa resignada, como pasatiempo de su desesperanza. Deja a punto el *Persiles*, entregándose en cuerpo y alma al hipérbaton y a las figuras del lenguaje. En uno y otro caso, con vitalidad espontánea y con estilística alambicada, gracias a Cervantes, nuestro idioma avanza con empuje civilizador, recorre el planeta en marcha de triunfo, de un triunfo no igualado en nuestra literatura, con un heroísmo que lleva «un programa de vida y una voluntad de ser».

Las conmemoraciones de esta índole se proyectan en el tiempo con ahínco de eternidad y han de permanecer en la vida con el afán de una evolución perfectiva.

Contribuyamos a la cultura nebricense y a la renovación cervantina con el progreso científico y experimental del idioma español, en vez de pararnos morosamente en el camino del recuerdo o de gritar en el ágora, con exaltaciones ditiámicas, las excelencias de nuestros clásicos. Mejor que recordar es construir.

La postura contemplativa, en el estadio del lenguaje, es inacción. Nebrija fue un asceta del humanismo, y Cervantes, un arquitecto del Renacimiento.

El traje de gala para esta conmemoración familiar debe ir a la medida de nuestro estilo moderno, y el gran estilo se compone en una manera peculiar de ser y de vivir.

Pongamos primero en ebullición nuestro lenguaje, el de cada uno; sometámoslo a prueba; hagamos del idioma una fábrica de motores activos e industriosas ganancias, y después veremos, por contraste, lo que el caudal de las ideas y las formas de hoy añaden a los réditos renacentistas. El pasado debe perdurar en nosotros como estímulo de superación, nunca como un fin de jornada.

Buscamos el instrumento eficiente de universalidad lingüística, no fórmulas abstractas de discusión escolar, vacías de sentido empírico.

6. LAS CUATRO CULTURAS.—España conoce cuatro momentos de formas universales y renovadoras en el lenguaje culto.

El siglo VII, encadenado al trívio y al cuadrivio de la romanización en las *Etimologías* isidorianas, es tal vez el primer Renacimiento de codificación filológica y de solidaridad en la pedagogía mediterránea. En su ámbito de catolicidad sonaba el latín rudo de la Conquista, transfigurado en rezo cristiano y polarizado por el esfuerzo unificador y omnidiscendente de San Isidoro.

En el siglo XIII entra el saber español en los carriles de la Escolástica. Junto a la ingente figura de Santo Tomás, el mecenazgo de Alfonso X, el *Sabio*, realiza, en nuestro lenguaje, una cruzada de expansión científica y educadora. Eleva los balbuceos del habla cortesana a la atmósfera luminosa de Castilla.

El siglo XVI, centro del tercer Renacimiento integral, gira en torno del hombre, microcosmos de cultura. Ciencia cerebral superabundante de un mundo religioso. Conciencia del hogar español que perfecciona su lengua casera y convierte el romance en estrofa épica de un mundo renacentista.

El siglo XVIII somete el temperamento al servicio de una idea política decadente; hace del artista un artesano, el predominio de la razón sitúa al escritor fuera de su obra, para entregarlo en manos del enciclopedismo y para mendigar «el buen gusto» del estilo en el precepto consuetudinario de la lingüística académica.

En este siglo XX asistimos al cuarto Renacimiento, punto de partida de nuevas formas. Más en armonía con la centuria de Alfonso X, la arquitectura de nuestro lenguaje se apoya en la creación de una vasta obra cultural.

El idioma español, rico en formas literarias y populares, flexible para el desenfado de la sátira, la sugestión narrativa, el diálogo, la descripción, el razonamiento filosófico, la vis cómica, la modulación musical, la tromba oratoria, la fantasía del poeta, la gravedad del moralista y la sutileza diplomática, nos pone en intimidad con el mundo civilizado, no menos que por su fecundidad y precisión constructivas, por la variedad abigarrada de los recursos semánticos.

7. PETRIFICACIÓN DE LOS TEXTOS USUALES.—Todavía seguimos con el estribillo retórico de terminologías fosilizadas y con el memorismo verbal de la Gramática disquisitiva, a la manera de los escolásticos.

Necesitamos renovar a toda prisa la armadura oxidada de los tópicos, distribuir el variadísimo contenido moderno de la actividad literaria, según un orden fundado en las formas que realmente viven, en los géneros nuevos que surgen a la vida del espíritu.

Nuestra novela y prosa histórica crecieron a los pechos de la antigua épica, hoy destronada, y de la fidelidad patriarcal al relato. En estos géneros espontáneos se agota la pasión a lo maravilloso de las razas vírgenes y de los pueblos jóvenes.

¿Para qué insistir, por tanto, en la epopeya, con infantilismo evocador, si en

su forma clásica ningún literato sueña en cultivarla? ¿A qué viene esa anatomía de las partes retóricas del discurso, si no hay orador, profano ni sagrado, que se atenga a las leyes de la oratoria ciceroniana, como no existe, en nuestras letras, el hombre cuidadoso de la estilística que clave con alfileres en su cuartilla los tropos y figuras, como si se tratara de una colección de mariposas?

Los antiguos llamaron a la Filosofía *ancilla theologiæ* (sierva de la ciencia divina). Nosotros, los modernos, denominamos a la Preceptiva *ancilla ingenii* (servidora del temperamento). Ciencia auxiliar y subordinada, pero necesaria, que ha de poseer en alto grado, como explica Rodó, la virtud sugestiva, el don de interesar y la simpatía pedagógica.

Su acción traspasa los límites de la cátedra. Prepara el espíritu de la *inmensa mayoría* para recibir la influencia civilizadora de las Bellas Artes.

8. LA LUCHA DEL ESTILO.—Habla Rodó, en *El mirador de Próspero*, de la gesta de la forma. La lucha del estilo no ha de confundirse con la pertinacia académica, que no pone resistencia propia, que concierta fríamente en el mosaico de la corrección convencional vocablos que no ha levantado el aliento vivificador del alma. « ¡Qué prodigiosa transformación la de las palabras, mansas, inertes, en el rebaño del estilo vulgar, cuando las convoca y las manda el genio del artista! ... Desde el momento en que queréis hacer un arte, un arte plástico y musical de la expresión, hundís en ella un acicate que subleva todos sus ímpetus rebeldes. La palabra, ser vivo y voluntarioso, os mira entonces desde los puntos de la pluma, que la muerde para sujetarla; disputa con vosotros, os obliga a que la afrontéis; tiene un alma y una fisonomía. Descubriéndoos en su rebelión todo su contenido íntimo, os impone a menudo que le devolváis la libertad que habéis querido arrebatárle, para que convoquéis a otra, que llega, huraña y esquiva, al yugo de acero. Y hay veces que la pelea con esos monstruos minúsculos os exalta y fatiga como una desesperada contienda por la fortuna y el honor. Todas las voluptuosidades caben en esa lucha ignorada.» (*Ob. cit.*, t. I, pág. 59, Madrid, 1920.)

9. NATURALEZA Y ARTE, MATERIA Y OBRA.—Escuchemos a Gracián en el *Oráculo manual y Arte de prudencia*: «No hay belleza sin ayuda, ni excelencia que no dé en bárbara sin el realce del artificio; a lo malo socorre y lo bueno lo perficiona. Déjanos comúnmente a lo mejor de la Naturaleza; acojámonos al arte. El mejor natural es inculto sin ella, y les falta la mitad a las perfecciones si les falta la cultura. Todo hombre sabe a tosco sin artificio, y ha menester pulirse en todo orden de perfección.»

#### 10. OBSERVACIONES FINALES:

1.<sup>a</sup> Al pasar revista a los tratados técnicos nacionales y extranjeros que pudieran tener algún parentesco con este trabajo, he podido observar la ausencia casi absoluta de obras españolas sobre Lexicografía y Estilística.

2.<sup>a</sup> Todo el que escribe para el público corre el riesgo de que sus palabras sean mal interpretadas por rutinería machacona, o sometidas a discusión inteli-

gente y sincera. Esta última posición, más eficaz y menos usual en la polémica del lenguaje, tiene toda nuestra simpatía. El espectador que paga la butaca y el lector que consulta un libro despiertan, de improviso, el genio dormido de la crítica. Cuando esta lleva aire creador en sus palabras, difunde luz y bienestar, supone sensibilidad, arte e inteligencia.

Madrid, 1947.

MARTÍN ALONSO.

## NOCIONES GENERALES

1. REDACTAR, etimológicamente (del lat. *redactum*, supino de *redigere*), significa *compilar* o *poner en orden*.

En un sentido más lingüístico, consiste en expresar por escrito los pensamientos o conocimientos ordenados con anterioridad.

*Redactar bien* es el arte de construir la frase con exactitud y originalidad, incorporando al caudal de expresión un léxico y un estilo propios.

Comprende, pues, tres particularidades del lenguaje: el estudio de la frase, el estudio del vocablo y el estudio del estilo.

El objeto de este Tratado de redacción es sugerir el ejercicio sistematizado del lenguaje.

2. FRACASO DE LA GRAMÁTICA COMO INSTRUMENTO PRÁCTICO DEL IDIOMA.— La Gramática, como ciencia, según Balmes, es una parte de la Metafísica. Nos da a conocer los primeros principios y las leyes incontrovertibles de una lengua. Según otros autores, pertenece a la Lógica. Como expresión perfecta de juicios y raciocinios, nos enseña el fundamento y forma del lenguaje.

Atendiendo a su origen, la Gramática (del gr. *grammatikee*, t. f. de *-kos*, relativo a las letras; de *gramma -atos*, letra, y el suf. de adj. de relación *-ikos*) ha de observar más miramientos con la técnica experimental que con la ciencia especulativa.

Entre los griegos la Gramática tuvo aspecto de filosofía y de retórica. Modernamente se ha reducido casi exclusivamente a paradigmas. Los escolásticos le dieron un sentido lógico, derivado hacia la gramática general, sentido lógico mal entendido, porque lo que no es jamás general es la forma del lenguaje, y esta es lo único que interesa a la Gramática.

Para Saussure, la Gramática es estudio «de la lengua como sistema de medios de expresión; quien dice gramatical, dice sincrónico y significativo».

Casi estamos por afirmar que la enseñanza de la Gramática como «arte de hablar con propiedad y escribir con corrección» se encuentra en un período de fracaso.

Nos la presentan con una etiqueta de academicismo notarial, con resultados prácticos, en la mayoría de los casos, inadecuados o estériles.

3. EL GRAMATICALISMO.—Concebir estáticamente un idioma, sin proceso evolutivo en su material lingüístico, es meterlo en la vía muerta de las disciplinas puramente descriptivas o inventariales.

Cuando escribimos, es siempre para decir lo que tenemos en nuestro espíritu o está a nuestro alrededor. A los gramáticos especulativos les falta el arranque de ese motor que da actividad al idioma y relaciona el lenguaje escrito con nuestro pensamiento: la *redacción*.

No echemos, sin embargo, todo el peso de esta incomprensión infecunda a la Gramática como intérprete del lenguaje, sino más bien al *gramaticalismo*. Por inactivo, escatima las palabras, sojuzga los giros y modismos al marchamo artificial de los preceptos constitucionales.

«Gran parte de la enseñanza de la Gramática—nos dice la profesora inglesa Laura Brackenbury—ha fracasado hasta hoy porque no hemos tenido un claro concepto de esta materia en cuanto *ciencia*—es decir, como conocimiento sistematizado y concreto de un asunto especial: el *lenguaje* en uno de sus aspectos—, y hemos tendido a confundirla con el estudio de las lenguas»<sup>1</sup>.

Este error de método nos da la razón suficiente de por qué la mayor parte de los escritores son autodidactos en su formación gramatical. Nos descubre la triste experiencia de los alumnos que, una vez aprobada la asignatura del español, vuelven la espalda al libro de texto como quien se despoja de una carga onerosa e improductiva.

4. LENGUAJE Y REDACCIÓN.—En un tratado de redacción es más provechoso el estudio directo del lenguaje que el de las abstracciones gramaticales. *Gramática* y *lenguaje* son términos que se emplean lastimosamente como sinónimos. Distan mucho en su origen y en el terreno de las realidades.

El lenguaje es un hecho natural en el hombre. Aprendemos a hablar sin estatutos ni preceptos. La Gramática se nos presenta como hechura artificiosa, dispuesta a encasillar en reglas el medio de comunicarnos con los demás, no aprendido en ningún libro.

Todavía más: puede redactar correctamente y con belleza literaria, sin conocer clasificativamente las *oraciones subordinadas*, quien lea a los que bien escriben o escuche a los maestros del bien hablar. Lo que necesitan la mayoría de los iniciados en la redacción es tener qué decir y encontrar a mano las fórmulas precisas de sus pensamientos.

#### OBSERVACIONES:

1.<sup>a</sup> TRABAJOS COMPARATIVOS E HISTÓRICOS.—No hemos de confundir el *gramaticalismo*, o sistema de reglas para hablar o escribir conforme al mejor uso, con los trabajos históricos en la ciencia del lenguaje o los estudios comparativos

<sup>1</sup> *La enseñanza de la Gramática*, Ed. La Lectura, 1922, pág. 10. En España fue NEBRIFA el primero que publicó su *Gramática sobre la lengua castellana* (1492). Le siguieron, con varia fortuna: FRANCISCO DE TAMARA: *Suma y erudición de Gramática* (1550).—VILLALÓN: *Arte breve y compendiosa* (1558).—J. DE MIRANDA: *Observaciones sobre la lengua castellana* (1567), en italiano.—PEDRO SIMÓN ABRIL: *Gramática castellana*.—BARTOLOMÉ XIMÉNEZ PATÓN: *Instituciones de la Gramática española* (1614).—AMBROSIO DE SALAZAR: *Espejo general de la Gramática* (1614).—GONZALO CORREAS: *Trilingüe* (1627).—JUAN DE VILLAR: *Arte de Gramática española* (1651).—JOSEF FAUSTINO PERLES Y CAMPOS: *Gramática española* (1689).

La primera edición de la *Gramática* de la Real Academia Española es de 1771.

de la Lingüística. La ciencia histórica investiga y expone la evolución secular de un idioma. La Lingüística comparada estudia simultáneamente la evolución sistemática de un grupo de lenguas de una misma familia, es decir, de un mismo origen. La finalidad primordial del conocimiento de la Lingüística es el *lenguaje*, facultad innata del hombre para comunicarse con los demás. Se entiende también por *lenguaje* esta comunicación hecha por signos. El lenguaje es una necesidad social, reflejo de nuestras ideas y sentimientos; pero, hablando con propiedad, es una abstracción, lo concreto es el *habla* individual.

La Lingüística comparativa se trazó como fin de su recorrido el establecer la correspondencia mutua entre varias lenguas afines. Luego, por la comparación de las formas coincidentes, los exegetas del lenguaje se remontan hasta la reconstrucción del idioma originario común. Este sistema arqueológico y reconstructivo se aplicaba, con más felices progresos, a recorrer el camino inverso cuando la lengua originaria era bien conocida. Esto ocurrió precisamente en la lingüística latina y en la de las lenguas romances. Como en el estudio de las genealogías, se fijó la línea ascendente, desde el punto de partida al de llegada. Al trazar la segunda línea descendente, quedaron en claro los grados intermedios en la investigación de las regulaciones que presiden la evolución de un idioma. Pero las correspondencias sistemáticas, por muchas que sean, no adquieren valor científico hasta que se descubren las leyes estrictas que las determinan.

Los trabajos especiales concernientes al estudio histórico del castellano comenzaron con la obra monumental de F. DIEZ *Grammatik der romanischen Sprachen*; 5.<sup>a</sup> edición, Bonn, 1882. Siguen en armoniosa competencia los estudios especiales de MEYER-LÜBKE: *Grammatik der romanischen Sprachen*, Leipzig, 1890; EGIDIO GORRA: *Lingua e Letteratura spagnuola delle origini*, Milano, 1898; GOTTFRIED BAIST: *Die Spanische Sprache*, Estrasburgo, 1904; ADOLF ZAUNER: *Altspanisches Elementarbuch*, Heidelberg, 1908; KARL VOSSLER: *Geist und Kultur in der Sprache*, Heidelberg, 1913; W. J. ENTWISTLE: *The Spanish Language*, Londres, 1936; los diccionarios de etimología románica de MEYER-LÜBKE: *Romanische etymologisches Wörterbuch*, Heidelberg, 1911; KÖRTING: *Lateinisch-romanisches Wörterbuch*, 3.<sup>a</sup> edición, Paderborn, 1907, y, en España e Hispanoamérica, las investigaciones de Menéndez Pidal, V. García de Diego, T. Navarro Tomás, Américo Castro, Miguel de Unamuno, Dámaso Alonso, Rafael Lapesa, Julio Casares, Jaime Oliver Asín, Gili Gaya, Amado Alonso, Antonio Tovar, Lenz y Federico Hanssen.

En el estudio de la ciencia del lenguaje se iniciaron con positivos resultados otros estudios comparativos sobre los valores de expresión y de significación literarias. Nos referimos a las modernas teorías de la Estilística comparada.

2.<sup>a</sup> ALGUNAS NOCIONES DE LINGÜÍSTICA MODERNA <sup>2</sup>.—El lenguaje, objeto de la Lingüística, es uno de los mecanismos más complicados que pueden entregarse

<sup>2</sup> Cfr., entre otras obras, las siguientes: W. v. WARTBURG: *Problemas y métodos de la Lingüística*, trad. de Dámaso Alonso y Emilio Lorenzo, Madrid, 1951, págs. 3-24.—MEILLET, A.: *Introduction à l'étude comparative des langues indo-européennes*, 7.<sup>a</sup> ed., París, 1935. MEILLET, A.: *Linguistique historique et Linguistique générale*, 2 vols., París, 1921, 1936. SCHWYZER, E.: *Griechische Grammatik*, Munich, 1939.—FINCK, F. N.: *Die Haupttypen des*

a la investigación. Pasa por cuatro órdenes: el *físico*, el *orgánico*, el *ánimico* y el *espiritual*. Lo primero que percibimos son los sonidos, es decir, ciertos fenómenos físicos. Se producen mediante la acción y reacción de los órganos (pulmón, laringe, campanilla, lengua, labios, etc.), por lo que no se pueden explicar sin el estudio de las relaciones orgánicas del cuerpo humano.

A un grupo de sonidos corresponde un determinado estado de conciencia, o sea, que estos *fonemas* tienen su proceso psíquico. Y, por último, cada agrupación de sonidos, tanto en el que habla como en el que escucha, supone una noción idiomática y un trozo de su mundo vital. Por otra parte, el lenguaje vive en cada individuo con una doble facultad: primero, de manifestarse a los demás de un modo comprensible, y segundo, de comprender lo que oye y relacionarlo como un contenido espiritual.

a) *Ergon* y *energeia*.—En cada forma expresiva (*palabra, frase, página escrita...*) se nos ofrece un fragmento de lo que existe virtualmente en la capacidad idiomática de la persona, capacidad puesta en movimiento para el acto concreto de la palabra y convertida en una realidad perceptible.

Conforme a esta noción, existe una doble tendencia lingüística: la de los que defienden el *ergon*, esto es, el lenguaje creado y definido, dispuesto para su utilización, y la de los que consideran, sobre todo, en la palabra la *energeia*, es decir, su carácter de fuerza creadora y de actividad.

Para definir el lenguaje como *ergon* o como *energeia*, conviene notar que el proceso convencional entre dos individuos se relaciona con la parte psíquico-espiritual, sobre todo en el tránsito de imagen acústica a idea, y viceversa. En el que habla, este proceso va de dentro a fuera, de idea a imagen acústica, y en el que escucha o recibe, el trozo locutivo se produce en sentido contrario, de fuera hacia dentro, o sea, de imagen acústica a idea.

En esta recíproca actividad existe una facultad de asociación y un poder de coordinación. Estas dos fuerzas se movilizan gracias a que el lenguaje es un hecho social.

Deduzcamos lo siguiente: el lenguaje, en cuanto actividad o hecho real (*energeia*), va íntimamente unido al individuo. Considerado como sistema expresivo total, el lenguaje, con un sentido superindividual, vive virtualmente en la comunidad social de los hablantes.

*Sprachbaus*, 3.ª ed., Leipzig, 1936.—KIECKERS, E.: *Die Sprachstämme der Erde*, Heidelberg, 1931.—B. E. VIDOS: *Manual de Lingüística Románica* (publicado en holandés en 1956 y traducido al español por Francisco de B. Moll. Madrid, 1963, 416 págs.—EUGENIO COSERIU: *Teoría del lenguaje y Lingüística general* (Cinco estudios), Madrid, 1962, 323 págs.—STEPHEN ULLMANN: *Lenguaje y estilo* (traducido del inglés por Juan Martín Ruiz-Werner. Madrid, 1968, 322 págs.—ANDRÉ MARTINET: *Elementos de Lingüística general*. Trad. por Julio Calonge. Madrid, 1965, 274 págs.—SAUSSURE, F.: *Curso de Lingüística general*, trad. de Amado Alonso, Buenos Aires, 1945.—BALLY: *Linguistique générale et Linguistique française*, París, 1932.—HERMANN PAUL: *Prinzipien der Sprachgeschichte*, 5.ª ed., 1920.—DÁMASO ALONSO: *Poesía española. Ensayo de métodos y límites estilísticos*, Madrid, 1950, págs. 19-29. OTTO YESPENSEN: «Humanidad, Nación, Individuo», Buenos Aires, 1947, págs. 7-81.—ALARCOS LLORACH, E.: *Gramática estructural*, Madrid, 1951.—M. CRIADO DE VAL: *Fisonomía del idioma español*, Madrid, 1954.—MARTÍN ALONSO: *Gramática del español contemporáneo*. (El lenguaje de hoy actualizado con autoridades de los escritores de nuestra época, españoles e hispanoamericanos.) Madrid, 2.ª edic., 1974, 575 págs.

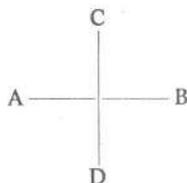
b) *Habla y lengua*.—Saussure distingue la *lengua* (fr., *langue*; alemán, *Sprache*) del *habla* (fr., *parole*; alemán, *Rede*). La lengua es un hecho social; el habla es una realidad individual. «La lengua—dice W. v. Wartburg—abarca todo lo esencial, es un gran todo; el habla evoca sólo una pequeña parte de este sistema total, y se sirve de él para la reproducción de un contenido de conciencia individual y momentáneo.» «Es el habla la que crea la lengua, es decir, el habla de los demás. La transformación del habla en lengua no cesa en el hombre adulto. Este recibe, de cuando en cuando, nuevas posibilidades de expresión y las incorpora a su conciencia lingüística.»

Siguiendo las nociones más arriba indicadas, la lengua, en el sentido estricto, es un *ergon*, una obra realizada, un bien espiritual, del que participan todos los miembros de la humanidad lingüística. Es la gran herencia que un pueblo confía a cada individuo, en la que se transmiten las experiencias de muchos siglos. Crea una esfera de dependencia entre el individuo y los demás hablantes del mismo idioma. Es un objeto puramente anímico espiritual.

El habla es el uso ocasional, aislado, que el individuo hace de la lengua. Es un acto volitivo individual. Distinguimos dos cosas: la manera de utilizar el sistema idiomático para dar expresión al pensamiento, y la actividad psíquico-físico-fisiológica, que permite al hablante comunicarse al exterior.

La *lengua* comprende lo social, común y sistemático; el *habla* solo atiende al aprovechamiento individual de este sistema.

c) *Diacronía y sincronía*.—Hasta los estudios de Saussure, se entendía por Lingüística únicamente la parte historicocomparativa. Frente a esta tradición, el profesor de Ginebra explica con gran precisión cómo, en la consideración descriptiva del lenguaje y en la histórica, se pueden aplicar los métodos científicos. Sitúa frente a la Lingüística descriptiva la histórica. Representa estas dos maneras mediante un sistema de dos ejes:



El eje *AB* define la simultaneidad; el *CD*, la sucesión temporal. La Lingüística histórica o evolutiva compara entre sí diversos estados idiomáticos, separados cronológica o espacialmente. Trata de llegar a determinar en qué tiempo se ha cumplido un proceso lingüístico; p. ej., el paso de una palabra del latín al castellano antiguo. Podemos, sin embargo, prescindir del factor tiempo, y, en vez del corte vertical *CD*, investigar el transversal *AB*. Para Saussure, la consideración descriptiva del lenguaje puede realizarse científicamente con el mismo derecho que la histórica. Un idioma está sujeto a la ley de sistema expresivo, no a una ley que opera a través del tiempo.

En cualquier frase bien construida existe un modo de distinguir el sujeto agente del paciente. Por tanto, lo importante es la relación causal, fuera de todo

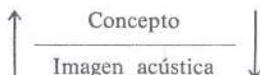
sucedan en el tiempo, relación causal que opera dentro del lenguaje como sistema expresivo.

Según estos postulados, Saussure divide la Lingüística en dos partes: una, dinámica, histórica o *diacrónica*, y otra, estática, descriptiva o *sincrónica*.

Esta teoría no influyó en el movimiento neogramático, y fue rehusada por Hermann Paul al negar categóricamente que pueda existir otro posible estudio científico en el lenguaje más que el histórico.

d) *Signo, significado y significante*.—Nos hallamos dentro de la terminología saussuriana. Llamamos *signo* a la combinación del concepto y de la imagen acústica. Esta no es solo el sonido material, cosa puramente física, sino una huella psíquica, la representación que de él nos da el testimonio de los sentidos. El carácter psíquico de nuestras imágenes acústicas aparece claramente cuando observamos nuestra lengua materna.

Por tanto, el signo lingüístico es una entidad psíquica de dos caras, que podemos representar por la siguiente figura:



Como la palabra *signo* suele designar en la lengua corriente la misma *imagen acústica*, para evitar el equívoco, Saussure llama *significante* a esta «imagen», y *significado* al «concepto». Entre significado y significante componen el signo por esta fórmula:

$$\text{Signo} = \text{significante} + \text{significado.}$$

La teoría saussuriana se funda en la arbitrariedad del signo lingüístico. Si en español el *significante* (o imagen acústica) *manzana* designa el *significado* (o concepto), no es precisamente porque entre la imagen acústica y el concepto haya ninguna especial afinidad, sino por el hecho del asentimiento de los hablantes. Del mismo modo pudiera haber conseguido dicho asenso el significante *hoja* para designar *manzana*.

Estamos en desacuerdo con el ilustre lingüista en dos cosas:

*Significante*, como advierte Dámaso Alonso, es, para nosotros, lo mismo el sonido (aspecto físico) que su imagen acústica (aspecto psíquico). La razón es sencilla: «en la situación normal idiomática, es decir, en la posición de los sujetos hablantes, el sonido no existe para ellos. Si digo u oigo *mesa*, lo que emito o percibo sensorialmente es la imagen acústica. Pero si me dicen la palabra correspondiente a *mesa* en una lengua desconocida, no percibo más que el sonido o aspecto físico. La distinción entre sonidos e imagen acústica exige una perspectiva superior a la del sujeto que participa en el acto de la palabra».

La segunda discrepancia es más trascendente. Para Saussure, *significado* es *concepto*. De otro modo, los significantes transmiten conceptos. Pero esta entitativa que forja su autor carece de realidad, es una mera abstracción. Los significantes no transmiten conceptos, sino delicados complejos funcionales. Las interjecciones y muchos vocativos no suponen conceptos determinados. Podemos defi-

nirlos como pura señal. «Son a la locución—explica Dámaso Alonso—lo que el timbre del teléfono a la conversación telefónica; son un timbre matizado afectivamente.» Por otra parte, un significante puede representar dos o tres conceptos simultáneamente, como ocurre en la metáfora o en el chiste que deriva de un juego de palabras.

*Significado* es una carga compleja, y de ninguna manera lo podemos considerar en un sentido meramente conceptual. Lleva consigo una serie de significados parciales. El análisis de estos componentes es muy difícil, y su límite, imposible de abarcar. Cuando la madre, pongo por caso, llama a su hijo y exclama: ¡*Fernando!*, puede implicar en su voz afectiva una llamada de cariño, un ademán airado, un gesto de terror al ver que su pequeño está próximo a un peligro, una reconvencción maternal, un aviso o toque de atención, etc.

¿Qué es lo esencialmente *significante*? Entre otros elementos: el *tono*, la *intensidad*, el *matiz vocálico*, la *tensión articulatoria*. Se trata de una suma de elementos cuyo límite es impreciso y cuyo análisis es difícil de atribuir a un determinado significante parcial.

Un significado no es esencialmente un concepto, sino más bien una intuición que produce una modificación inmediata de nuestro psiquismo. Un significante y una palabra no son necesariamente unidades de un mismo orden.

Por último, nos parece inexacto que el *signo*, es decir, el nexo entre significante y significado, sea siempre una vinculación arbitraria, ya que en algunos géneros literarios, como la poesía, existe una cohesión motivada entre los dos elementos del signo lingüístico.

e) *Lengua común y dialecto*.—*Lengua* es un sistema concreto de intercambio intelectual humano, obra de un grupo social, que tiene como base de su comunidad la cultura y no la sangre. Cuando las razas consiguen una comunidad de cultura, forman una comunidad lingüística. La lengua no es solamente un momento de la evolución espiritual y material de un pueblo; aunque refleja el adelantamiento de la comunidad, ofrece, además, todo el fondo dormido de las viejas culturas y muchas formas tradicionales. Ninguna historia puede darnos una idea tan exacta de las vicisitudes de un pueblo, de su organización social, de las creencias y sentimientos, como el análisis de su lengua.

En todas las partes de la Tierra se le plantean al hombre los mismos misterios de la vida, el mismo espectáculo del cielo y los mismos problemas afectivos. Varían los modos de ver las cosas y de nombrarlas. Según Heyse, «el Universo es como un arpa, en que cada ser da su tono».

El fenómeno más importante en la evolución del lenguaje ha sido el nacimiento de las grandes lenguas nacionales: el griego, el español, el inglés, el francés, el alemán, etc., que han superado a todos los dialectos locales, condicionados únicamente por factores geográficos.

La unidad lingüística depende del trato y de la comunidad de vida. Este intercambio social procede, en algunos casos, de la guerra—que mezcla las poblaciones de las diferentes comarcas—, de los casamientos entre personas que hablan diversos dialectos, de la influencia de los padres y la de los compañeros de juego de los niños, de la fuerza unificadora de las grandes asambleas y festi-

vales religiosos—que reunían a gentes de los sitios más distantes, como los oráculos de Delfos y Olimpia en Grecia—. Sobre todo, el factor importante de unificación lingüística es la literatura de cada pueblo, que interviene como parte activa en la formación y desarrollo de la lengua común.

Whitney defiende la indiferencia científica entre *lengua* y *dialecto*. Desde dos ángulos diversos, las lenguas son dialectos y los dialectos son lenguas. Para algunos autores, la lengua es un dialecto que ha llegado a la edad de la emancipación o a su estado de diferenciación formal.

La lengua se circunscribe a veces a una pequeña región, como el vascuence, o forma el habla oficial de una nación, como el castellano. Las demás hablas, aunque tengan mayor categoría histórica, siguen llamándose dialectos. El prestigio del toscano fue decisivo en Italia para la formación de la lengua común. El poderío del norte de Francia y la conquista del Sur por los Capetos fueron razones más poderosas que toda la riqueza idiomática de esta región.

Entre los escritores griegos, la palabra *dialecto* tiene, por lo común, el significado de *lengua de selección*. Interviene con sus rasgos diferenciales en determinados géneros literarios. Se empleaba el *jónico* para la épica; el *eólico*, para la lírica, más subjetiva; el *dórico*, para los coros escénicos y la lírica oral, y el *ático*, para la prosa.

Un criterio de selección se sobrepuso a todas las particularidades del habla y a las denominaciones geográficas y formó el llamado *dialecto común* (*koineé dialektikós*) o lengua literaria del helenismo de Alejandría y Bizancio.

La palabra *dialecto* se usa modernamente en muy diversos significados. En sus comienzos, las lenguas románicas eran dialectos del latín. Pero la noción completa de dialecto no significa escisión ni presupone una derivación histórica de otro grupo o dialecto. Puede darse, como en el leonés, el paralelismo evolutivo, como habla aparte del castellano.

Los dialectos no pueden especificarse por sus caracteres formales, ni siquiera por las divisorias geográficas. Escribe V. GARCÍA DE DIEGO en su obra *Lingüística general y española* (Madrid, 1951, pág. 300): «Como no hay línea divisoria geográfica, se ha pensado si el dialecto no existe. Existe como la mano, que es mano y brazo; pero no tiene una línea divisoria en los elementos: en la piel, en los tejidos, en los músculos, nervios, venas y arterias. Hay en los dialectos un concepto práctico de personalidad. El gallego es, evidentemente, un dialecto. Pero, lo mismo que los colores en el espectro, unidos unos a otros por transición, los dialectos se unen a otros próximos por hechos de distinta profundidad.»

Nos dice el señor Gili Gaya: «Los atlas lingüísticos demuestran que las líneas isoglosas solo aparecen como un haz compacto de fenómenos concurrentes en casos de migraciones en masa o de aislamiento total y prolongado producido por factores históricos y geográficos. No siendo así, señalan límites de fenómenos sueltos que se entrecruzan unos con otros en diferencias graduales y hacen borrosas las fronteras lingüísticas.»

f) *Pleremática*.—Ciencia que estudia la *forma del contenido de la lengua*. Se refiere de algún modo al estudio general del lenguaje, aunque con método diferente. La llamada Gramática tradicional funda su estudio sobre la palabra como

unidad de trabajo. Estudia estos elementos aislados en la Morfología, y luego, combinados, en la Sintaxis. Según la escuela lingüística de Copenhague, en el lenguaje se distinguen dos campos: el de la *morfémica* y el de la *plerémica*. Se ocupan, según indican sus nombres, de los *morfemas* y de los *pleremas*. Los primeros, llamados también *exponentes*, pueden ser: *fundamentales intensos* (caso, comparación, número, género, artículo) y *fundamentales extensos* (persona, énfasis, tiempo, modo, diátesis).

La pleremática trata de los *pleremas*. «Son constituyentes en el plano pleremático y funcionan como magnitudes regentes.» En los pleremas distinguimos las formas *derivativas* y las no *derivadas*. La clasificación se hace atendiendo a sus morfemas. Por ejemplo: *-dad* rige número y género; *-oso* rige número, género, caso, artículo, comparación, etc.

Una muestra de pleremas no derivados es *verde*, plerema del que se forman: *verd-OR*, *verd-URA*, *verd-OSO*, *verd-ÍN*, *verd-ERÓN*, *verd-ECER*, etc. Otras veces hay cambio de forma: *buen(o)*, *bondad*, *bien*.

Los pleremas centrales son las *raíces*, y los pleremas marginales, los *derivativos*.

Uno de los problemas más interesantes en estas teorías es el régimen de los pleremas anominales en su oficio de *preposición*, *combinativo*, *interjección*, *adverbio*, etc.

La última parte de este estudio corresponde a los pleremas *nominales* o *flexivos*, en donde se incluyen el *sustantivo* y el *verbo*, el *pronombre* y el *adjetivo*.

g) *Lenguaje estructural*.—A base de los postulados de la *pleremática*, principalmente, forma sus teorías la llamada Gramática estructural de la escuela de Copenhague. El estudio de la lengua debe limitarse a la consideración de su forma en cada uno de los dos planos: la forma de *expresión* y la forma de *contenido*. La disciplina que se cuida de la relación entre la forma y la sustancia del contenido es la *Semántica*. La disciplina que se ocupa de la relación entre la forma y la sustancia de la expresión es la *Fonética*.

h) *El español comparado con otros idiomas*.—Existe en las lenguas modernas una tendencia muy acentuada, en el periodismo, hacia la construcción nominal. El inglés y el francés, sobre todo, prefieren las construcciones nominales, frente al alemán y al español, que se inclinan por las formas verbales. La mayor brevedad de los giros nominales y su carácter objetivo e impersonal favorecen esta tendencia en el periódico, el anuncio, la carta y el documento de la vida moderna: *Gaceta de información oficial*, frente a *Gaceta que informa de los sucesos militares y políticos*.

Desde un punto de vista estilístico, la construcción nominal suprime muchas conjunciones y algunos relativos y gerundios inútiles.

En la construcción nominal notamos las siguientes características del español comparado con otros idiomas:

1.<sup>a</sup> Las particularidades de género y número en el sustantivo español no se distinguen mucho de las de las otras lenguas románicas. El lenguaje antiguo tendía a feminizar los neutros latinos: *LA fantasma*; el lenguaje moderno tiende a su

masculinización: EL *fantasma*. El francés prefiere la forma femenina en este caso, y para el plural latino neutro, la masculina: *tempus*, LE *temps*.

En francés queda reducida la -s final de los plurales a un mero signo ortográfico, y el número se expresa más por los artículos y determinantes: LES *soldats*.

El neutro pronominal *lo* conserva en español un carácter amplio y definitivo, mucho más que las formas pronominales francesas, *ce*, *cela*, *quoi*, etc.

2.<sup>a</sup> La sustantivación del adjetivo, del infinitivo y aun de una frase entera es propia de las lenguas románicas, pero con especial preferencia del idioma español: LO *ridículo de tu situación*, ESTE *vivir*, es de UN *curso inaguantable*, EL *decirte tú y entenderlo yo así* (v. núm. 202, 9.<sup>a</sup>).

3.<sup>a</sup> El español goza de bastante libertad en cuanto a la colocación del adjetivo; el francés tiende a posponerlo al sustantivo. Si el adjetivo español se antepone, es para fijar la atención en la cualidad del objeto o para darle un valor afectivo: VALIOSA *colaboración*, una VIEJA *amistad*. El adjetivo pospuesto se coloca en oposición a otras cualidades: mesa PEQUEÑA.

4.<sup>a</sup> La frecuencia de los artículos en las lenguas germánicas y la oposición entre los términos *definido e indefinido* forman un sistema más preciso que en el español. En nuestro lenguaje alternan las tres formas diferentes, de sustantivo sin artículo, con artículo definido y con indefinido: *recibió honores y regalos*, *recibió UNOS honores* y *UNOS regalos* y *recibió LOS honores* y *LOS regalos*.

5.<sup>a</sup> En las lenguas románicas, sobre todo en el español, el uso de los posesivos es muy ambiguo. Por eso el francés suele reforzar las formas simples: *ma maison A moi*. El valor posesivo del genitivo latino se traduce por las preposiciones *a* y *de*: *comercio DE Juan*.

En la construcción verbal existen algunas ventajas, de tipo estilístico principalmente. De aquí nace la frase o período largo, en contraposición al período corto de la prosa moderna. CERVANTES, FRAY LUIS DE GRANADA, ORTEGA Y GASSET y UNAMUNO se recrean en la construcción verbal, más o menos amplia, según la evolución estilística de cada época. GRACIÁN, HURTADO DE MENDOZA y «AZORÍN» prefieren la precisión de la frase corta.

Veamos algunas características de la construcción verbal:

1.<sup>a</sup> La negación se armoniza mejor en este sistema que en el nominal. Difícilmente cambiaríamos este ejemplo: NO *sospechó jamás un éxito tan grande*, por la NO *SOSPECHA de un éxito tan grande*.

2.<sup>a</sup> Abundan mucho las perífrasis verbales en el español y en el portugués. El verbo alemán se combina fácilmente con partículas y sufijos. En este caso la raíz del verbo denota la acción, y la partícula, la dirección o sentido del movimiento.

3.<sup>a</sup> El verbo *haber*, entre las formas auxiliares, es muy frecuente en español. Junto a *ser*, que indica una acción imperfecta y un sentido especial, el auxiliar *estar* es perfectivo y expresa una accidentalidad en la acción: *el alumno ESTÁ enfermo* (la enfermedad en este ejemplo es accidental, no es un estado permanente del alumno).

En francés, el verbo *faire* reemplaza a otros verbos y sirve de auxiliar o se

emplea como independiente en la frase. Corresponde a nuestro verbo *hacer* y acompaña a otros verbos en infinitivo: *faire croire*=*hacer creer*.

4.<sup>a</sup> A diferencia del francés, en donde los pocos infinitivos que se sustantivan forman un grupo más propio del lenguaje poético, en el idioma español el infinitivo entra de lleno en las dos zonas del sustantivo y del verbo.

5.<sup>a</sup> Las formas francesas de participio de presente, gerundio y adjetivo verbal en *-ant* no tienen correspondencia con el gerundio español en su forma. Coinciden únicamente en la traducción: *en aimant*=*amando*.

6.<sup>a</sup> Se nota en los idiomas modernos una falta de poder expresivo en el modo subjuntivo. Sucede esto en menor escala en español, donde el subjuntivo puede expresar un deseo afectivo, posibilidad o subordinación gramatical.

El futuro hipotético *yo amare*, muy en uso en la conversación de la época renacentista, se conserva en algunas fórmulas (*sea lo que FUERE*), y hoy ha perdido su antiguo vigor: *Lo que vuestra merced MANDARE*.

El español, a diferencia del francés, superada la etapa medieval de evolución, se ha resistido a todo desgaste morfológico y posee, sobre otros idiomas, las ventajas de la libertad constructiva en cuanto al orden de los vocablos, la posibilidad de emplear el sustantivo sin artículo o el verbo sin pronombre ni sujeto y la escasa contracción de los artículos y preposiciones.